

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

Donde nació el concepto democrático

EL REFERENDUM GRIEGO

SIN llegar al ochenta por ciento del voto, favorable, y reconociendo que un millón de electores, entre los cinco que tomaron parte en el comicio, había votado en contra, el referéndum que liquida legalmente la Monarquía en Grecia e instaura, formalmente, la República se ha desarrollado en la nación helénica con arreglo al programa previsto. Hubo candidatura única; ley marcial; prohibición de propaganda contraria al Gobierno; monopolio casi total de los medios de información; desequilibrio enorme entre la capacidad financiera de un sector —el presupuesto nacional— y el de la oposición, escasamente potente; coerción administrativa considerable sobre todo en las zonas rurales; y, probablemente, manipulación de los resultados. Finalmente, la alternativa era aparente. Si el plebiscito hubiera fracasado, el actual equipo gobernante seguiría en su puesto endureciendo probablemente su actitud política. El rey Constantino ha podido con justicia calificarse de «fraude» el episodio. Desde el punto de vista de la evolución democrática, escasamente el voto helénico registra algún valor. Más interesante es, quizás, reflexionar sobre el contexto general en que la efeméride se produce para analizar su significación.

Seis años llevan los actuales gobernantes griegos en el poder. Llegaron a él, por un golpe de Estado, puramente profesional, al que el virtuosismo de su más caracterizado protagonista dio un aire de suprema eficacia. Papadópulos, al que alguna prensa ha calificado recientemente como el «Fouché» de Atenas, es fundamentalmente un especialista de los servicios de información. En el seno de esa red que en aquella nación lleva la sigla «KYP» descolgó muy pronto por su agudo talento, su habilidad maniobrera y su capacidad de organización. Su personalidad no pasó desapercibida a la inteligencia norteamericana, siempre despierta en países mediterráneos y especialmente en aquellos fronterizos con el área comunista. Que lo utilizaran o no, en el ámbito de sus planes directos, es tema que ha sido discutido largamente en los propios Estados Unidos donde el mundo de los servicios especiales forma parte de las estructuras políticas permanentes como ha revelado, con excesivo descaro quizás, el proceso Watergate. El nuevo presidente griego que ya era, de hecho, el jefe del poder ejecutivo desde 1967, no es un doctrinario, ni un ideológico. Más bien parece un pragmático habilidoso cuyo pensamiento central se podría resumir en este propósito: mantenerse cuanto sea posible en el poder.

Lo plebiscitado ahora, se titula sonoramente República presidencial y parlamentaria, es decir una democracia plenaria y popular. Es curiosa la servidumbre nominalista que rinden a ciertas grandes palabras de la teoría política occidental, casi todas las dictaduras del viejo y del nuevo mundo. Quieren ser «democracias»; «repúblicas parlamentarias» como ésta; y naturalmente, son siempre «revolucionarias» de algo o contra algo. En Hispanoamérica, esta exacerbación semántica conduce a con-

fusiones retóricas que rayan en lo pintoresco. En la tierra donde nació el concepto democrático la reivindicación verbal de las antiguas formas de Gobierno de la «polis», parecía obligada para quienes hacen del patriotismo helénico, eje y fundamento de su régimen y de su política. La verdad es que ningún autócrata quiere parecerlo. Ningún despotismo quiere ser llamado por su nombre. El máximo ejemplo lo dan los países del mundo marxista, titulándose a sí mismos «democracias populares».

Todo el mundo sabe que el Gobierno de Atenas no va ser una República parlamentaria y democrática, sino un poder, personal apoyado originariamente en la fuerza y ratificado ahora por el referéndum del 29 de julio. Si las reformas liberales, prometidas por el mismo Papadópulos se hayan de poner en marcha o no, es cosa que nadie pronosticaría. Si una vez promulgadas, se fueran a convertir en realidades tangibles para democratizar el sistema es asunto que a la mayoría de los observadores parece improbable.

Así, pues, un grupo reducido de hombres disciplinados, apoyados en la fortaleza material, lograron apoderarse de los resortes de un Estado democrático en 1967 y mantenerse en él, después, consolidando al cabo de seis años su presencia en el gobierno, con un referéndum condicionado que acaba legalmente con la antigua monarquía. Parece ello una clara transgresión de los principios democráticos, sobre los que se basa, entre otras cosas, la alianza de la NATO. Mas ¿no es elocuente la lección que enseña el referéndum griego en orden al respeto que merecen las ideologías, al máximo partícipe de dicha alianza, es decir, los Estados Unidos?

En el mundo de posguerra mundial, las consideraciones de interés militar han privado sobre todas las demás. Trazada en Yalta la frontera de los ámbitos de influencia de las futuras potencias nucleares, el sistema de los bloques contrapuestos sobre el que se basaba la guerra fría, ha servido de orientación constante y primaria a la política de Washington y, por supuesto, a la de Moscú. Si en Hungría o en Checoslovaquia se intentaban desviaciones liberales del socialismo, los Estados Unidos asistían impasibles a la intervención de los tanques soviéticos para restablecer el monolitismo comunista. Pero en otro orden de cosas, el episodio de mayo del 68 fue liquidado en París, sin apenas violencia, cuando el partido comunista francés y su central sindical, desautorizaron la aventura, prestando con ello un abierto apoyo a la resistencia del Gobierno gaullista presidido entonces por Georges Pompidou. Las fronteras de Yalta no se extendieron al Oriente cercano ni al continente asiático, y de ahí los enfrentamientos conocidos, en esas zonas, en estos últimos veinte años.

Grecia, con su monarquía democrática, restablecida después de larga lucha y activa intervención británica, primero, y norte-

americana, después, era miembro activo de la Alianza Atlántica, desde sus comienzos. ¿Peligraba en alguna medida la solidez del dispositivo estratégico por el carácter constitucional y abierto de aquel sistema de gobierno? ¿No es probable que ese fuera el caso. Entonces, ¿por qué el golpe de los coroneles? ¿Había alguna amenaza anárquica, algún complot comunista que se trató de yugular a tiempo?

La explicación parece mucho más simple y menos trascendente. Un grupo de jefes y oficiales jóvenes, decidieron utilizar los medios instrumentales puestos a su alcance, para acabar con el poder civil y el régimen democrático, implantando un gobierno de fuerza, de tinte nacionalista y tecnocrático que entre otras cosas ofreciese a los Estados Unidos unas totales garantías de incondicionalidad y notables ventajas logísticas y de apoyo marítimo-terrestre, al despliegue naval y aéreo de sus fuerzas en el Mediterráneo oriental. Washington se olvidó de sus principios doctrinales, y asistió complacido —sí no complicado— al nacimiento y desarrollo del proceso dictatorial. Vinieron luego ayudas económicas y militares y, en alguna medida, inversiones para el crecimiento del neocapitalismo industrial. Los millonarios griegos armadores, bien armonizados con el nuevo régimen, se hicieron supermillonarios, y los norteamericanos poderosos que visitaban los puertos del Egeo, se hacían lenguas del enorme progreso material de la monarquía sin rey que permitía a los turistas de Nueva York y California gozar de la Hélade en toda tranquilidad. Ahora, con la República presidencial y parlamentaria, el último estorbo —el rey Constantino— que con su presencia en Roma causaba alguna molestia a los miembros de conciencia sensible del Congreso de Washington, desaparece. Papadópulos queda solo en escena, rodeado de su equipo de fieles y ungido por las apariencias de un masivo voto plebiscitario.

La oposición desunida, a pesar del indiscutido relieve y prestigio de muchas de sus figuras ¿logrará continuar desde fuera y desde dentro, la lucha por el restablecimiento de la soberanía de la sociedad? Encontrará en esta última, en la comunidad nacional apoyo suficiente para su empeño? O ¿podrá más la inercia del bienestar material creciente que el desarrollo económico, mejor o peor canalizado por los tecnócratas, ha logrado desencadenar en extensas zonas de la población trabajadora? Son cuestiones a las que sólo el tiempo, los años venideros, lograrán contestar.

Monarquía, república, democracia, dictadura. Después de dos mil años, las distintas formas de gobierno de las sociedades humanas no han cambiado, en lo esencial, de cómo las definieron en su tiempo Aristóteles y Platón.

José María de AREILZA

«GANAR TIEMPO»

CONSIDERACION DE LA PRISA

DURANTE siglos y siglos la humanidad desconoció la «prisa». Prácticamente, no hay noticia de ella en los documentos del pasado, históricos o literarios. Más aún: hoy mismo, continúa habiendo vastas zonas de nuestro planeta, socialmente muy definidas, donde el concepto y el ejercicio de la prisa siguen siendo hipótesis casi inverosímiles. Lo uno y lo otro nos remiten a una evidencia absoluta, y no haría falta que los expertos en la materia nos la certificaran: la «novedad» va ligada, y de manera muy estrecha, a los grandes y graves cambios que, en la conducta de las gentes, ha ido introduciendo la llamada «revolución industrial», y que el posterior —actual— desarrollo tecnológico multiplica profundamente. Antes de eso, y al margen de eso, no hubo ni hay «prisa». O muy poca. En las sociedades pre-industriales, el tiempo no valía nada, y, por consiguiente, a nadie se le ocurría ahorrarlo. No olvidemos que, en el fondo, todo consiste en este curioso descubrimiento: que el tiempo es oro, y valga el proverbio inglés. La prisa es la voluntad de emplear «menos tiempo» en cada cosa —trabajo, viaje, conversación, lectura, etcétera— para aplicarlo a otra, y, en última instancia, para disponer de un saldo favorable, sea de ocio, sea de negocio.

No: los antiguos nunca «tuvieron prisa», ni la tienen los habitantes de los reductos más o menos arcaicos que sobreviven en nuestros días. De vez en cuando, desde luego, experimentaban alguna que otra urgencia. «Correr» no significa siempre «prisa». En la guerra, por ejemplo, en cualquier operación de acosar o de huir del acoso, en los trámites de un deporte competitivo, «correr» es obligado. A nadie se le ocurriría confundir estas formas de rapidez en la circulación con la «prisa» verdadera: la que obsesiona o atosiga a las multitudes urbanas modernas. No había ni hay en ello el propósito de ganar tiempo. Lo que se pretende es ganar la batalla, la presa —o esquivar al perseguidor—, la carrera. La prisa resultaba y resulta innecesaria, mientras el tiempo no entra en los cálculos económicos. De ahí, la calma en los movimientos, la sentenciosidad en las palabras, la parsimonia general: las horas discurren con la cadencia cósmica del octavo día del Génesis, y el ritmo de las cosechas, de las fiestas calendadas, de la cría del rebaño, da a la vida de los hombres una fluencia apacible. La muerte, a su modo, per-

tenece a la fatalidad de los ciclos: la epidemia, la catástrofe, la vejez. Y los filósofos emitían doctrinas de resignación o de flemma. Había tiempo para todo. Recuérdese lo que dice el Eclesiastés:

Pero... «Time is money»: ya lo cité. Ignoro qué de antiguo es el refrán británico. Tal vez proceda de la Edad Media. Me sorprendería que fuese así. Más bien tiene todo el aire de haber nacido —o prosperado, al menos— entre el fragor de los telares del Manchester pionero. Tuvo que ser entonces, entre el XVIII y el XIX, cuando quedó fuera de duda el hecho de que el «tiempo» era traducible en dinero: por entonces y en sitios al estilo de Manchester. Para el burgués y para el obrero, el tiempo empezaba a «contar». Lo decidía la máquina, y más, a medida en que la máquina iba imponiéndose. El trabajo dejaba de ser manual, y de «manos» industriales, como lo fuera el artesano, cuyo esfuerzo podía evaluarse por el grado de habilidad y en un contexto donde el jornal apenas era un módulo visible de pago. La máquina inauguraba otra situación: no necesitaba «manos», sino «brazos», que la hicieran funcionar y la complementasen: la duración de la jornada y el salario se conjugaban en una perspectiva de rendimiento inédita. En ella, insisto, el «tiempo» era un factor determinante: dinero, para el proletario y para el empresario. Los «modos de producción» daban un salto, y las consecuencias fueron formalizándose...

Desde el momento en que el «tiempo» equivalía a «dinero», la «prisa» apareció en el horizonte del vecindario. He simplificado mucho la explicación —que, por lo demás, es parcial—, pero no la considero precisamente discutible. Cabría prolongarla, en idéntico enfoque, hasta datos cercanos: la lucha obrera por conseguir ventajas de «tiempo» frente a los patronos —reducción de horas a la semana, vacaciones pagadas, seguros de enfermedad, asuetos para la obstetricia, etc.—, y la constante preocupación empresarial de introducir un utilaje cada vez técnicamente más ágil, que —repito— «gane tiempo», es decir, dinero, más dinero. Aunque no lo parezca a simple vista, esto es el origen de la «prisa». Todas las «prisas» que practicamos están, de cerca o de lejos, vinculadas a la realidad primaria del binomio tiempo-dinero. Una gran parte de la crispación cotidiana a que está sometido el padrón municipal se reduce a esta incidencia. Ello involucra

al «metro» y al avión, los «digest» y los métodos de «lectura rápida», el teléfono y el telegrama, la desaparición de las visitas familiares y de las tertulias literarias, las comidas de trabajo, el taxi, los caldos de sobre y los condumios congelados, la ropa confeccionada y demás ofertas de grandes almacenes, el transistor, las xerocopias... La lista sería inacabable. En realidad, todo nuestro sistema de vivencia y de convivencia está condicionado por la «prisa».

Quizá no nos damos cuenta de las dimensiones del problema. Puede que se deba a la circunstancia —estructural, ¡ay!— de que no todos los «tiempos» se cotizan a igual tarifa. Un presidente de consejo de administración, un cirujano egregio, un «cuadro» dinámico, perderían dinero —tiempo— si se echaban a la calle como peatones. Y paradójicamente, podría decirse otro tanto del albañil o del oficinista: han de coger el «metro» o el autobús porque de lo contrario perderían, también, tiempo, y, en resumidas cuentas, dinero. No intento establecer paralelos, que resultarían ignominiosamente crueles. Me limito a subrayar dos proyecciones contrapuestas de la misma «prisa». La intención común, paradójicamente común, reside en evitar «pérdidas de tiempo»: un tiempo que puede revertir en otra eventualidad, de ingresos en numerario, o de ratos de alivio, como son los de dormir, o pensar en las musarañas, o charlar con una copa en la mano, o cumplir con el débito conyugal, o escuchar música, o no importa qué. Sólo los hijos de papá, los monjes, los jubilados, los hippies, los miembros de la clase política, los mendigos, disponen de «tiempo» a la manera tradicional. Y lo aprovechan para pasear, polemizar sobre el sexo de los ángeles —marxistas, incluso—, escribir poemas o monografías filosóficas, tomar el sol, conspirar, chuparse el dedo y, en suma, entretenerse a su aire. Ellos no tienen «prisa». Lo de los obreros parados es otro asunto, claro.

Direé enseguida que la «prisa» ha dado de sí lo que había de dar: una «ideología». A veces recibe el nombre de «eficiencia». Esta es la versión para horteras y chavales del marketing, para titulados menores —antes se les designaba con el nada desdeñable epíteto de «peritos»—, para el ciudadano normal fascinado por la tele. Otra versión, más espectacular, y aventurada, es la de la cucaña: la pasión de

«hacerse rico» aceleradamente. Luego, hallamos las inocencias diarias del conductor de automóvil privado. Un grupo muy considerable de padres de familia —y de madres, y de hijos e hijas— ya dispone, en estas latitudes, de coche propio. Situado en la calzada, el vehículo no es sólo un sistema de desplazarse de un lado a otro, sino también, o sobre todo, la tentación de la velocidad. «Velocidad» y «prisa» suenan a sinónimos. Lo son, hasta cierto punto. Sólo hasta cierto punto. Las carreteras están llenas de conductores que, sin tener realmente «prisa» —quiero decir: una prisa justificable—, circulan a «velocidades» alarmantes. Ya no intentan «ganar tiempo». Con tremenda frecuencia, para ellos el «tiempo» no supone nada. La «velocidad» les embriaga. Puede que convenga hacer la distinción: «velocidad», «prisa»... Pero la «velocidad» es un epifenómeno de la «prisa». Contando con que el coche de motor a reacción está al alcance de los bolsillos de la lumpenmesocracia...

Sería abusivo meter en este saco la sanguinoleta estadística de los «fines de semana», «puentes», «operaciones retorno», y otros dramas de la carretera. Son muchos los que se matan o mueren a causa de la poca destreza del chófer, o de la falta de destreza del chófer antagónico. Pero, ante el volante, la «prisa» ejerce su presión: como una pulsión irracional. Algunos intentan «ganar tiempo»: llegando al punto de destino «antes», dispondrán de más ocasión para el ligue, el copetín o la modorra. No siempre es así. Ni mucho menos. Hay el parnasianismo de la velocidad: correr por correr. Eso no es «prisa». Seamos circunspectos y no confundamos las cosas: una gran mayoría de los coches que van embalados por las carreteras —singularmente, por las «turísticas»— no van animados por una «prisa» mínimamente real. Sólo que la «prisa» se les ha convertido en un fetichismo rabioso... La «prisa» que sirve para «ganar tiempo» —para «ahorrarlo»—, se revela finalmente en unos días más de vacaciones. Un camping estival, de aspecto plácido, es un coágulo de prisas dificultosamente practicadas durante los restantes once meses —u once meses y medio— del año, en una gran capital apañada... La «prisa»... Convendría reflexionar a fondo sobre el tema.

Joan FUSTER

St. GILES

INAUGURADO 1955

INGLES EN LONDRES O BRICHTON

Nuevos cursos empezando cada mes. Estudie en el centro de Londres o cerca del mar, o un mes en cada sitio. Exámenes de cursos en Cambridge, cursos ingleses comerciales. Alojamiento en familias inglesas. Prospectos ilustrados desde

St. Giles
192 Oxford Street, London W.1. England

CARNE DE CONEJO

La más sana y rica en proteínas

CRIE CONEJOS GANE DINERO

Solicite más información
EXTRONA, Menéndez Pelayo, 29
Teléfono 227 - 46 - 55

COLEGIO ALBOR

Calle Gomjis, 102 y Paseo San Gervasio, 97. — Tels. 247-07-39 y 247-55-38
JARDIN INFANCIA — PARVULARIO — E. G. B.
Grandes Jardines, sol, clases espaciosas con un máximo de 25 alumnos
Profesorado consciente de la responsabilidad de su tarea
Matricula abierta a partir del 20 de agosto, de 5 a 7, en la calle de Gomjis, 102
Media pensión — Servicio de coche